

EL CHICO DEL PERIÓDICO

VINCE
VAWTER

Traducción de Zulema Couso



bam
bú

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

Título original: *Paperboy*

Publicado en los Estados Unidos por Delacorte Press,
un sello de Random House Children's Books, una
división de Random House, Inc., New York.

Publicado mediante acuerdo con Olswanger
Literary LLC.

© 2013, Vínce Vawter, por el texto

© 2021, Zulema Couso, por la traducción

© 2021, Editorial Casals, SA, por esta edición

Casp, 79 – 08013 Barcelona

Tel.: 902 107 007

editorialbambu.com

bambulector.com

Ilustración de la portada: Raúl Allén

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2021

ISBN: 978-84-8343-799-5

Depósito legal: B-11123-2021

Printed in Spain

Impreso en Anzos, SL

Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si
necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
/ 93 272 04 45).

Capítulo uno

Escribo sobre el apuñalamiento por una buena razón. No puedo hablar.

Sin tartamudear.

Además le prometí a Mam que nunca contaría lo que pasó con mi cuchillo de mango amarillo. Seguramente ella dirá que escribir es hacer trampa pero necesito ver las palabras plasmadas en el papel para asegurarme de que todo sucedió de la manera en que mi cerebro lo recuerda. Confío en las palabras sobre el papel mucho más que en las que vuelan en el aire.

Hablo de una forma extraña pero no se parece a como hablan los cerdos gordos que tartamudean en los dibujos animados sino que más bien me quedo atascado al intentar forzar una palabra. A veces sale al obligarla un poco pero otras se queda atascada y se me pone la cara roja y me quedo sin aliento y la cabeza me da vueltas y me mareo. No puedo hacer mucho al respecto excepto seguir forzándola o pensar en otra palabra.

Mis padres contrataron a una logopeda para que me ayudara a hablar y me ha enseñado a usar un truco que llama «aire

suave» y que consiste en expulsar un poco de aire antes de atascarme en una palabra. Así que cuando siento que un sonido me va a dar problemas intento pillarlo por sorpresa haciendo una especie de silbido.

s-s-s-s.

A los once años prefieres que te llamen serpiente a que te llamen retrasado.

Algunos días si me he quedado atascado en un montón de palabras durante las clases al volver a casa pongo una hoja de cuaderno en la máquina de escribir que alguien de la oficina de mi padre trajo a casa hace mucho tiempo y se olvidó de llevarse. Es la misma en la que estoy escribiendo ahora. De ella extraigo las palabras que me han dado más problemas ese día. Mis manos saben dónde están las letras y no tengo que usar trucos que me ayuden a expulsar los sonidos.

Me gusta el traqueteo que hacen las teclas de la máquina de escribir al golpear la cinta negra porque siempre es constante. En cambio nunca sé qué sonidos van a salir de mi boca si es que consigo sacar alguno.

Una cosa. Odio las comas. Si puedo nunca las uso al escribir a máquina. Mi profesora de redacción me dijo que las comas indican que es hora de hacer una pausa. Yo hago pausas todo el tiempo cuando hablo quiera o no quiera. Pausas descomunales. Prefiero escribir un millón de «y» antes que una simple coma.

Paso tanto tiempo escribiendo en mi habitación que las letras blancas se están borrando del teclado de la máquina. Todas menos la coma que parece nueva y si por mi fuera se quedaría así para siempre.

*

Mam se trasladó a Memphis desde Misisipi cuando yo tenía cinco años y se vino a vivir con nosotros para ayudar a cuidar de mí y una cosa está clara: no habría llegado hasta aquí sin ella.

Mam se llama Nellie Avent. Mi madre me dijo que la llamara señorita Nellie pero eso me costaba mucho porque me resulta muy difícil pronunciar el sonido «N» y «señorita» es muy largo así que hay demasiadas posibilidades de atascarme. Mam era lo más parecido a su nombre que podía pronunciar y a ella le pareció bien.

Me dijo que formábamos una buena pareja porque ella no sabía escribir muy bien y yo tenía la mejor caligrafía que había visto hacer a un muchacho. Me llamó así desde el primer día que vino a vivir con nosotros. Muchacho.

Mam es mi mejor amiga del mundo excepto cuando se trata de jugar a la pelota y entonces Rat ocupa ese puesto. Su verdadero nombre es Art.

Lo vi escrito en letras fáciles de leer en su guante de receptor el primer día de tercero de primaria pero yo lo apodé Rat porque no iba a ser capaz de pronunciar el sonido «A» ese día sin que me diera un montón de problemas. Él me dejó que lo llamara Rat y eso hizo que me cayera bien desde el principio. Ni siquiera se parecía a una rata pero él entendió más rápido que la mayoría de los niños que eso era lo mejor que podía hacer con su nombre porque el sonido «R» me resultaba fácil. Mam lo llama señor Rat y eso siempre me hace mucha gracia.

Creo que gracias a mi tartamudeo probablemente sea el que mejor pone apodos de Memphis.

Uno de mis potentes lanzamientos de béisbol le dio a Rat en la boca en el último día de sexto de primaria. Esa es la razón por la que le dije que me encargaría de cubrir su ruta de reparto

de periódicos durante el mes de julio para que él pudiera ir a visitar a sus abuelos en su granja a las afueras de Memphis. No tenía muchas ganas de cubrir la ruta pero pensé que se lo debía por haberle roto el labio. Rat dice que presumo demasiado de mis lanzamientos potentes y supongo que tiene razón y yo tenía que pagar por lo que había hecho.

La ruta de reparto de periódicos fue donde conocí a toda la gente nueva en mi vida y donde pasaron todas las cosas malas. Y algunas buenas también. Al menos yo creo que eran buenas. Todavía estoy tratando de entenderlo todo y espero que poner las palabras sobre el papel me ayude.

*

Sabía que de la ruta de reparto de periódicos me gustaría la parte de lanzar porque es lo que mejor hago. Pelotas de béisbol. Piedras. Trozos de barro seco. Periódicos. Lo que sea.

Pero no era ningún secreto que lo que más me preocupaba era pasarme a cobrar el dinero de las suscripciones de cada semana los viernes por la tarde.

La idea de ir hasta la puerta de una casa y llamar al timbre me revolvió por dentro. La razón por la que odio hablar con desconocidos es porque cuando me ven por primera vez parezco un chico cualquiera. Dos ojos. Dos brazos. Dos piernas. Corte de pelo militar. Nada especial. Pero cuando abro la boca me convierto en otra cosa. La mayoría de la gente no se molesta en intentar entender qué me pasa y probablemente piensa que no estoy bien de la cabeza. Intentan deshacerse de mí lo más rápido posible.

Lo mejor que podía hacer cuando se me revolvió todo por dentro era hablar con Mam que vive encima del garaje en la parte de atrás de nuestra casa.

Desde nuestra cocina vi que todavía tenía la luz encendida. Sabía que probablemente estaría leyendo su Biblia pero en realidad no la leía sino que la miraba. Me había enseñado a decir el salmo 23 juntos mientras ella seguía las frases con el dedo pero nunca nos salía exactamente igual a medida que íbamos leyendo las palabras.

Subí las escaleras y llamé a su puerta con mi llamada especial. La secuencia tan específica de golpes que todo el mundo conoce: «ta ta ta ta ta» pausa «ta ta».

–¿Qué quieres muchacho?

–s-s-s-s-Necesito s-s-s-s-hablar.

–Podemos hablar un momento pero luego tienes que volver *pa* casa a prepararte *pa* irte a la cama.

Mam sabía que la parte de gestionar el cobro de la ruta del reparto era un peso que me oprimía el pecho pero también sabía que me gustaba andarme por las ramas antes de hablar de algo importante.

–¿s-s-s-s-Alguna vez tienes la s-s-s-s-sensación de que algo malo está a s-s-s-s-punto de suceder?

–A veces, muchacho. Crecí en Coldwater y allí había un viejo que vivía de *predecí* el futuro.

–s-s-s-s-Háblame de él.

–El anciano tenía una barba blanca rizada y leía el *porvení* lanzando huesos de animales e interpretando cómo caían. Se decía que era blasfemia prestarle atención al viejo barbudo pero nunca se equivocó conmigo.

–¿Qué te s-s-s-s-dijo?

–Me dijo que le iba a pasar algo malo a mi hermano *mayó*. Ese verano John se ahogó en un riachuelo de Coldwater que no tenía ni gota de agua.

–¿Cómo s-s-s-s-se s-s-s-s-ahogó?

–Nadie lo sabe. El médico dijo que había más agua en los pulmones de mi querido hermano que en la zanja.

Por fin conseguí contarle a Mam que creía que me gustaría la parte de lanzar los periódicos de Rat pero que la parte de la recogida del dinero de los viernes por la tarde me estaba reconcomiendo por dentro.

–Iré a *co*brá contigo.

–s-s-s-s-Tengo que hacerlo s-s-s-s-solo.

–Estás madurando muchacho. Estoy orgullosa de ti.

Mam dijo que todavía le quedaban cosas que limpiar en la cocina y que volvería a casa conmigo. Sabía que la única razón por la que había dicho eso era porque quería asegurarse de que no me pusiera demasiado triste.

El Buick de mi padre llegó justo cuando entramos por la puerta de la cocina. Mam lo esperó y sujetó la puerta abierta al ver que sacaba sus enormes maletines del asiento trasero.

–¿Qué le parece la ruta de reparto de periódicos del muchacho, señor V?

Mi padre me miró y sonrió.

–Estoy seguro de que lanzará los periódicos igual de bien que la pelota de béisbol.

Yo le había contado a mi padre que estaba pensando en cubrir la ruta y él me dijo que le parecía una buena idea que ayudara a un amigo.

Mam y yo subimos por las escaleras de atrás y cruzamos el pasillo y vimos a mi madre que se estaba poniendo una cosa blanca en la cara y otras en el pelo como hacía siempre por la noche en el tocador de su dormitorio.

–Buenas noches, cariño.

Quería darle las buenas noches pero me quedé atascado en la «B» y sabía que aunque consiguiera sacarla la «N» también me daría problemas. Así que seguí avanzando por el pasillo hasta mi habitación con el aliento atascado dentro de mí y sin ganas de intentar ningún truco de soplar las s-s-s-s porque era por la noche y estaba cansado.

Mam echó mi ropa sucia y las toallas por el conducto de la lavandería cuando terminé en el baño y luego vino a mi habitación. Me dio una palmada en el pie cuando me acosté y apagó la luz al salir.

Mam había dejado de darme besos de buenas noches en la cabeza hacía mucho tiempo sin que yo se lo hubiera pedido. A ella no hacía falta decirle lo que estabas pensando como sí que había que hacer con los adultos normales. Ella siempre lo sabía.

Capítulo dos

El primer lunes de la ruta los repartidores habituales comenzaron a llegar al punto de recogida de periódicos poco antes de las tres en punto.

Yo ya tenía las dos bolsas de lona del *Press-Scimitar* que había dejado colgadas de una valla de madera en el callejón como me había enseñado Rat.

La mayoría de los repartidores eran de mi edad pero había algunos más mayores que también tenían rutas y evitaban que los más pequeños hicieran demasiado el tonto. Conocía a algunos de los chicos de la escuela pero la mayoría eran de zonas de la ciudad que no frecuentaba.

Un chico mayor con vaqueros cortados y una camiseta negra colocó sus bolsas en la valla a mi lado.

—¿Dónde está Art?

—s-s-s-Está fuera s-s-s-todo el s-s-s-mes.

Me miró raro. En mi cabeza estaba diciendo que Rat se iba a pasar el mes de julio en la granja de su abuelo. Eso es lo que es-

taba pensando pero al hablar tenía que decantarme por palabras que tuvieran alguna oportunidad de salir de mi boca. Siempre elegía con cuidado el camino que seguir entre las palabras y los sonidos de las frases como si caminara por la calle evitando botellas rotas y cacas de perro.

–¿Adónde ha ido?

Decir «granja» no iba a funcionar. Notaba las letras «GR» bailando en mi garganta al pensar en pronunciar la palabra.

–Casa.

La palabra salió de mi boca de golpe sin pausa ni silbido porque podría deslizarme por las sílabas si las afrontaba correctamente.

–¿Qué casa?

Justo entonces el camión blanco del *Press-Scimitar* apareció en el callejón y la puerta trasera se abrió. Me acerqué para coger los primeros fardos y no tener que seguir hablando con el chico.

Coloqué todos mis fardos y saqué mi cuchillo de mango amarillo para cortar las cuerdas con las que estaban atados los periódicos. La navaja tenía una hoja larga con un solo filo tan romo que podía rodearlo con la mano y apretar y no me cortaría. Llevaba tiempo pensando en afilarlo porque no quería tardar más de la cuenta cortando la cuerda y no quería que nada me ralentizara. No me llevó mucho doblar bien todos los periódicos.

Había acompañado a Rat tantas veces que estaba seguro de que conocía todas las casas pero por si acaso llevaba su ruta en el bolsillo trasero de los pantalones.

En la parte de Memphis donde vivo todos los nombres de las calles están indicados en un bonito azulejo azul hundido en el hormigón en cada esquina. Conozco todas las calles pero me

gusta leer el nombre en mi cabeza cada vez que estoy en una. Vinton. Harbert. Carr. Melrose. Goodbar. Peabody.

Las calles son como amigos con los que no tengo que hablar.

*

La logopeda a la que mis padres contrataron para ayudarme a hablar me había dado algunos ejercicios en los que trabajar durante el parón del verano. Me explicó que me costaban especialmente las palabras que comenzaban con un sonido «B» o «P» porque significaba que tenía que juntar los labios y dejar que se me acumulara un poco el aire dentro de la boca.

Me dijo que el problema era que juntaba los labios como un puño bien apretado y que el aire no podía pasar. Cuanto más intentaba pronunciar palabras que comenzaban con «B» y «P» más apretaba los labios.

Mi plan para practicar los ejercicios era tratar de decir una palabra difícil justo antes de lanzar un periódico a un porche. Elegir las palabras y luego escucharlas salir de mi boca mientras lanzaba un ejemplar del *Press-Scimitar* era como una especie de juego.

Había elegido una buena palabra para decir en la siguiente parada de la calle Harbert. La casa de dos pisos era de ladrillo blanco con setos espesos que crecían sobre la barandilla del porche. No quería arriesgarme a tirar el periódico por encima de los arbustos altos así que me acerqué para lanzarlo sin tener que levantar el brazo y dije «Bruta».

Se escuchó el sonido de la cadena de un columpio en el porche y poco después apareció una señora con una bata verde en lo alto de los escalones que subían al porche que me miraba directamente con una mano en la cadera. En la otra sostenía un vaso con hielo. Tenía el pelo largo y rojo amontonado sobre la

cabeza de cualquier forma. Estaba de pie con las piernas muy separadas como si estuviera preparada para tomar la iniciativa en la primera base. Debido a su postura las solapas de la bata no la cubrían del todo. No llevaba zapatos.

—¿Qué me has llamado, jovencito?

Me dieron ganas de darme la vuelta y echar a correr pero mis piernas no se movieron. Mucho menos mi boca. La señora bajó los escalones del porche.

—Me ha parecido escuchar que me llamabas puta.

Me quedé plantado negando con la cabeza.

—Deja de mover la cabeza, jovencito, y repite lo que has dicho.

Avanzó hacia mí con el vaso en la mano. Lo iba moviendo y se escuchaba el tintineo de los cubitos de hielo al chocar. Nunca la había visto antes a pesar de que solo vivía a unas calles de mi casa. No me acordaba de haber leído en el cuaderno de la ruta de Rat el nombre de esa cliente.

—¿Qué te pasa? ¿No puedes hablar?

La señora pelirroja se me quedó mirando fijamente y se aseguró de dejarme claro que no se pensaba marchar hasta que le diera una respuesta.

—s-s-s-Solo s-s-s-p

Cometí un error al intentar decirle que estaba practicando. Había elegido una mala palabra que empezaba por P. Volví a empezar.

—s-s-s-Solo s-s-s-entrenaba.

Le respondí en voz tan baja que no estaba seguro de si me había escuchado.

—¿Cómo? ¿Entrenabas para llamarme puta?

No paraba de mover la cabeza de un lado a otro para decir que no como esos perros marrones de juguete que la gente lleva en las ventanas traseras de los coches.

–s-s-s-No he dicho s-s-s-eso, señora. Lo siento.

Se apartó de mí un paso y casi perdió el equilibrio. Se le volvió a abrir la bata.

–¿Dónde está el chico de los periódicos de siempre?

–s-s-s-Rat en la s-s-s-granja.

Oí las palabras salir de mi boca pero sonaron como si le hubiera dicho a la señora pelirroja que en algún lugar del mundo había un montón de ratas en una granja cualquiera. Incluso cuando me las arreglaba para pronunciar palabras medio decentes no siempre tenían el significado que pretendía.

–¿Eres el chico que va con la criada de color hasta la parada del autobús?

Asentí con la cabeza.

–s-s-s-Ayudo a mi s-s-s-amigo con su s-s-s-ruta. s-s-s-No he dicho lo que s-s-s-cree.

–Más te vale.

Al principio parecía que el vaso que llevaba en la mano solo contenía agua con hielo pero al aproximarse olí el whisky.

–Ahora escúchame bien.

Se acercó a mí y levantó un dedo. Esperaba que no perdiera el equilibrio otra vez.

–No tires el periódico a mi casa. Acércate y déjalo delante de la *puetta* como un caballero.

Se las había arreglado para pronunciar puerta con una doble «T».

Asentí con intensidad. Me estudió como si esperara que dijera algo más pero me había quedado sin palabras. Me alejé de la casa en dirección a la acera y seguí bajando por la calle Harbert.

Tenía la camiseta empapada de sudor y parecía que me hubiera duchado con los pantalones cortos color caqui puestos.

A partir de ese momento me acercaba hasta los porches y lanzaba los periódicos sin levantar el brazo. No me atreví a seguir practicando ejercicios de palabras.

Para cuando lancé el último periódico del día ya había ideado un buen plan. Corrí todo el camino de vuelta a casa y subí las escaleras de atrás hasta mi habitación. Puse una hoja de cuaderno nueva en la máquina de escribir.

El gran ventilador del desván rugía y por la ventana entraba una buena brisa. Busqué el nombre en la calle Harbert en el libro de ruta de Rat. Escribí despacio y con cuidado para no tener que volver atrás y borrar ninguna letra.

Querida señora Worthington:

Soy el chico del periódico sustituto con el que ha hablado hoy en su patio y quería enviarle una nota. Siento mucho haberla alarmado. Estaba practicando mis ejercicios de pronunciación mientras lanzaba el periódico. Ha podido sonar que le decía una mala palabra. Pero no lo hice. Lo siento mucho y prometo poner el periódico exactamente donde me indicó durante el resto del mes de julio. También le diré al chico del periódico de siempre dónde ponerlo. Por favor, avíseme si puedo hacer algo más por usted durante el próximo mes. Muchas gracias.

El chico del periódico sustituto

Repetí cada palabra en mi cabeza una y otra vez. Doblé el pedazo de papel por la mitad y luego por la mitad de nuevo. Fuera escribí la dirección de la señora Worthington con un lápiz afilado.

Calle Harbert, 1396

Corrí hasta la casa de la calle Harbert, comprobé que la señora Worthington no estuviera todavía en el columpio del porche y luego sujeté la nota con una pinza al buzón negro que había al lado de la puerta.

*

El resto de la semana siguió haciendo calor pero llegado el jueves había conseguido recorrer la ruta en unas dos horas.

En el 1396 de la calle Harbert me estaba preparando para colocar el periódico en el lugar perfecto en el porche cuando vi a la señora Worthington observándome a través del cristal de la puerta delantera. La abrió y salió al porche con un vestido verde llamativo con un cinturón negro brillante.

Normalmente no suelo prestarles mucha atención a los vestidos de las mujeres pero aquel parecía especial por la forma en que el cinturón ancho se ceñía a la cintura como si dividiera su cuerpo en dos partes.

El primer día la señora Worthington parecía tener la misma edad que mi madre pero esta vez parecía más joven. Casi tanto como la hermana de Rat que aún estaba en la universidad.

La señora Worthington llevaba los labios pintados de un rojo brillante que hacía que su sonrisa pareciera más grande de lo que realmente era. Había descubierto una manera de alargar sus pestañas y lucía un color verde en los párpados casi del mismo tono que el vestido. Cuando me habló observé sus labios rojos moverse como si aquella fuera la primera vez que hubiera visto salir palabras de la boca de una persona.

—Jovencito, espero que no pienses que soy una maleducada, pero me asustaste cuando viniste a principios de esta semana.

Al pronunciar la palabra «asustaste» lo hizo elevando la voz como si quisiera que le prestara más atención pero yo ya me estaba concentrando el doble en todo lo que decía.

Conseguí transmitirle con un montón de aire suave delante de cada palabra que pronunciaba que todo era culpa mía y que no hacía falta que se disculpara. Me dijo que le había gustado la nota que le había escrito y que creía que su marido seguramente conocía a mi padre porque ambos trabajaban en el mismo edificio.

–¿No tiene tu padre su propio avión?

–s-s-s-Sí, señora. s-s-s-Pero es s-s-s-pequeño.

–¿Has volado en él?

–s-s-s-Alguna vez.

Pensé en decir «un puñado de veces», pero no quería tener que pronunciar la P y tampoco me parecía correcto decirle esa palabra a la señora Worthington.

–¿Te apetece tomar una limonada?

–s-s-s-Tengo que s-s-s-seguir repartiendo.

En el fondo tenía ganas de quedarme y hablar con ella pero mi conversación estaba fluyendo muy bien en comparación con el primer día que vi a la señora Worthington y no quería arriesgarme a estropear las cosas.

–¿Vendrás el viernes por la tarde?

Me acordé de que en el libro de los pagos de Rat ponía que el número 1396 de la calle Harbert pagaba mensualmente. Intentando evitar las palabras más difíciles traté de explicarle a la señora Worthington cómo funcionaba el pago.

–Debe s-s-s-pagar cada mes, no s-s-s-cada s-s-s-semana.

Sonrió y luego hizo algo que me sorprendió. Me tocó la nariz con el dedo índice y lo mantuvo allí. Después presionó ligeramente como si estuviera llamando a un timbre.

–Creo que empezaré a pagar semanalmente. Así me resulta más fácil llevar las cuentas, cielo.

–s-s-s-s-Puedo venir el s-s-s-s-viernes, sí.

–Nos vemos mañana entonces, cielo.

Había pasado de que me gritara a que me llamara cielo en la misma semana. La manera como dijo esa palabra no se parecía en nada a cómo la decía mi madre. La señora Worthington parecía una persona diferente la segunda vez que la vi. Una mujer muy guapa.

De camino a casa empecé a desear que el adivino de Mam de Coldwater estuviera allí para que lanzara unos huesos y me dijera qué pasaba con la señora Worthington y por qué tenía tantas ganas de volver a verla.

Capítulo tres

Mi lugar favorito para leer durante el verano es en el patio de ladrillo cubierto en la parte de atrás de la casa sentado en los muebles de satán.

Rat estaba en casa hace un par de años cuando llegó un camión que traía los muebles blancos nuevos que mis padres habían comprado en un viaje a Nueva Orleans. Mi madre le preguntó a Rat si le gustaban los nuevos muebles de ratán y él me preguntó después qué les pasaba a los muebles para que fueran de satán.

Le expliqué a Rat de qué eran los muebles en realidad pero me dijo que le gustaba más su versión. Los he llamado así desde entonces porque me resulta más fácil pronunciarlo. Me molesta cuando otras personas usan las palabras equivocadas porque para la mayoría es muy fácil pronunciar el sonido que quieran. Supongo que debería enfadarme conmigo mismo por sustituir ratán por satán pero si hay algo en lo que nunca fallo es en tomar el camino fácil cuando se trata de conseguir que las palabras salgan de mi boca.

Estaba intentando leer un libro sobre el jugador de béisbol Babe Ruth que me había traído mi padre de su último viaje pero me costaba mucho concentrarme en lo que decían las páginas. Solo quedaban unas horas para la primera tarde de cobro de los periódicos. El tiempo se cernía sobre mí como si fuera un examen de historia para el que no había estudiado lo suficiente. No sabía si tendría el valor de llamar al timbre y esperar a que alguien viniera a la puerta y después pronunciar el sonido «P» duro para decir periódico.

En ese momento escuché el tintineo de un carro que avanzaba por el callejón. Sonaba como el carro de Ara T con todos los cacharros y trozos de metal que llevaba chocando y repique-teando. Ara T era un chatarrero que recorría las calles arriba y abajo empujando su carro y hacía chapuzas para la gente blanca. Era capaz de dejar los cuchillos o las tijeras afiladísimos.

Cada cacharro que Ara T encontraba en la calle que brillara o que hiciera ruido terminaba clavado en su carro hecho de trozos de madera y de ruedas de bicicleta viejas. Desenganché la puerta de la valla y salí a la calle a pesar de que Mam me había dicho que no le gustaba que me relacionara con Ara T.

—¿Qué pasa, muchacho?

Seguramente Ara T había oído a Mam llamarme así porque pasaba mucho tiempo recogiendo latas detrás de nuestra casa. Me saqué el cuchillo del bolsillo delantero y se lo pasé.

—s-s-s-No está afilado.

Cogió la navaja y sacó la hoja y se subió la manga del abrigo viejo y se pasó el filo por los pelos rizados del brazo. Ara T llevaba un abrigo grueso incluso en pleno verano.

Mam siempre decía que podía oler la llegada de Ara T antes de oírlo y que si no lo olías a él y a su abrigo apestoso podías oler

el tabaco Bugler con el que se liaba cigarrillos lamiendo trozos finos de papel que guardaba en el bolsillo de arriba del abrigo. Siempre parecía que había masticado los cigarrillos que llevaba en la boca en lugar de habérselos fumado. Ni siquiera se molestaba en quitarse el cigarro de la boca como hacían la mayoría de los adultos. Cuando quería soplar el humo simplemente usaba el otro lado de la boca y luego seguía dando caladas.

–Ya lo veo. Este cuchillo no sirve ni *pa cortá* mantequilla caliente.

Se palpó los bolsillos del abrigo con gestos exagerados.

–Tengo la piedra *d’afilá* en casa pero te puedo *traé* el cuchillo después.

Ara T se me quedó mirando con la navaja en la mano. No paraba de darle vueltas una y otra vez como si estuviera estudiando ambos lados de la hoja.

–s-s-s-s-No lo necesito hasta s-s-s-s-mañana.

Nos quedamos ahí plantados mirándonos el uno al otro. Ara T recorría la hoja con el pulgar.

–Necesito un poco *d’aceite pa* afilarlo. Dame una *monea pa* una lata.

Siempre tenía dinero en el cajón del escritorio de mi habitación. Cuando mi padre volvía a casa después de uno de sus viajes me guiñaba el ojo y me preguntaba si el banco estaba abierto y luego vaciaba todas las monedas que llevaba en el bolsillo en el cajón. También me daba billetes cuando barría las hojas del patio o limpiaba el barro de sus botas de caza. El padre de Rat también me pagaba a veces para desenredar los rollos de cadena y cuerda de su ferretería. Me dijo que no había conocido a nadie a quien se le diese mejor que a mí. Me gustaba hacerlo. No podía desenredar mis palabras pero al menos podría arreglar otras

cosas. Nunca me había molestado en contar el dinero pero el cajón cada vez pesaba más con todas las monedas que tenía guardadas.

Corrí a mi habitación y cogí dos monedas de veinticinco centavos y volví a la calle.

–El muchachito se *va forrá* ahora que hace la ruta del periódico.

Le sonreí y asentí.

Me preguntaba si Ara T me había visto lanzar los periódicos esa semana. No recuerdo haberlo visto a él. Le entregué las dos monedas. Incliné el sombrero sucio a modo de agradecimiento y se metió las monedas y el cuchillo en el bolsillo delantero de los pantalones que parecían al menos dos tallas demasiado grandes para él y que se sujetaba con el mismo tipo de cordón marrón con el que se ataban los paquetes de periódicos.

–Te lo traeré *directamente*, muchachito.

Sabía que me devolvería el cuchillo bien afilado. Una vez en el callejón Ara T nos enseñó a Rat y a mí cómo cortaba a tiras una lata con un cuchillo que había afilado. Cuando acabó la lata quedó como una espiral de piel de manzana.

Me quedé observando a Ara T mientras empujaba su carro por el callejón. Miró a la izquierda y a la derecha por si había algún objeto que le llamara la atención. Levantó las tapas de los cubos de basura y husmeó y revisó todas las botellas para ver si les quedaba algo.

Mam me había dicho que no debía relacionarme con Ara T porque a veces le daban ataques pero Rat y yo nunca lo habíamos visto hacer nada más que empujar su carrito y recoger basura y hacer chapuzas. Me gustaban todos los chatarreros de color que empujaban sus carros por nuestro barrio porque

se ocupaban de sus propios asuntos y simplemente me saludaban con la cabeza cuando pasaban por mi lado porque eso significaba que no tenía que hacer ningún esfuerzo para intentar decir algo.

*

Para el primer viernes de cobro había decidido vestir pantalones largos en lugar de los cortos que siempre solía llevar. Si empezaba a tartamudear cuando la gente respondiera al timbre al menos parecería un poco más adulto con las piernas cubiertas.

Había planeado empezar la ruta de recogida subiendo por la calle Vinton para después cruzar la calle Bellevue y visitar las casas más pequeñas y volver bajando por la calle Harbert hacia mi casa. La de la señora Worthington sería la última casa antes de ir a la de Rat para entregarle el dinero a su madre. Había planeado dejar lo mejor para el final. No había parado de pensar en volver a ver a la señora Worthington.

Las primeras cinco casas de mi lista tenían los sobres pegados en la puerta mosquitera o enganchados en el buzón como se suponía que tenían que hacer. Tuve que tocar el timbre por primera vez en la sexta casa en el número 1219 de la calle Vinton.

Nunca en mi vida había recorrido el porche de una casa extraña para llamar a la puerta.

Pulsé el botón y oí el timbre a través de la puerta mosquitera. El sonido hizo que el estómago me diera un vuelco. No me gustaba escuchar el timbre de la puerta en mi casa porque indicaba la posibilidad de tener que hablar con alguien que no fuese Mam y Rat.

Un niño un poco más pequeño que yo estaba sentado en la sala de estar frente a un televisor tan cerca que podía tocarlo.

Tenía el sonido apagado y no movió ni un músculo cuando sonó el timbre. Un hombre con corbata y camisa blanca se dirigió hacia la puerta con el periódico en la mano y luego se detuvo cuando me vio.

–Creo que es el chico del periódico, cariño. ¿Dónde está su sobre?

Una voz desde el fondo de la casa dijo que se le había olvidado cuánto era y que me preguntara. El hombre se acercó hasta la puerta mosquitera.

–¿Cuánto es, hijo?

Yo sabía exactamente cuánto era. Noventa y cinco centavos. Pero pronunciar la palabra «noventa» me resultaba tan difícil como una palabra con «P» porque mi lengua golpeaba el paladar y se quedaba pegada allí sin producir ningún sonido. Saqué el cuaderno de cuentas de Rat y cogí el lápiz para intentar aparentar que estaba comprobando algo. Estaba pensando en decir «sesenta centavos» porque el sonido «S» y «C» en ambas palabras me resultaban fáciles pero estaría perdiendo dinero. También pensé en redondearlo y decirle que un dólar pero podrían acusarme de engañarlos y quedarme con un centavo.

Finalmente se me ocurrió algo que no me gustaba mucho hacer porque la gente me miraba raro pero el truco a veces funcionaba en la escuela. Lancé el lápiz al aire con la mano derecha. En cuanto tiré el lápiz las palabras «s-s-s-s-noventa y cinco centavos» salieron de mi boca sin ninguna dificultad. El único problema era que cuando lanzaba algo me ponía nervioso y después se me caía al suelo lo que había tirado. El lápiz golpeó el porche de hormigón y se le rompió la punta.

El hombre abrió la puerta mosquitera.

–Toma, ahí va un dólar.

Mam me había recordado que cogiera monedas del cajón de mi escritorio para llevar cambio. Busqué cinco centavos en el bolsillo y se los ofrecí.

–Quédatelos, hijo.

Se dio la vuelta y lo vi caminar hacia la oscuridad de la casa iluminada solo con la luz del televisor.

Mi primer timbre de la tarde había ido mejor de lo que esperaba. Había recibido mi primera propina y me sentía un poco mejor sobre el cobro. El principal problema era que se me había roto la punta del lápiz y no tenía mi cuchillo para afilarlo.

Hacer la ruta a pie por la tarde y lanzar los periódicos no era nada nuevo para mí pero hacerlo al final del día en cuando el sol se estaba poniendo era muy diferente. Los árboles grandes bloqueaban la poca luz del sol que quedaba y hacía que las casas parecieran más grandes. Empezaban a encenderse las luces de las casas por todas partes y muchas las familias charlaban sentadas a la mesa durante la cena o veían la televisión. Avanzaba despacio hacia cada porche de mi lista de cobro semanal y esperaba con todas mis fuerzas que los propietarios se hubieran acordado de dejar los sobres fuera.

*

Había llegado al punto más alejado de la ruta. El siguiente cobro era en una de las casas pequeñas en la calle Vance donde vivía el hombre con el nombre gracioso. El señor Spiro.

Rat me había dicho que el señor Spiro siempre ponía el reparto del periódico en pausa durante un mes o dos cuando se iba de viaje. También me había dicho que era un señor mayor amable pero que usaba palabras raras cuando hablaba. Siempre tenía el cambio exacto y la mayoría de las veces le dejaba una

pequeña propina. Rat también me había dicho que el señor Spiro lo invitaba a entrar si hacía frío o llovía pero él siempre le decía a la gente que entrar en las casas iba en contra de las reglas del periódico. Creo que era una manera educada de negarse porque los padres de Rat le habían hecho prometer que nunca entraría a casa de nadie durante la ruta.

La luz del porche delantero estaba encendida a pesar de que todavía no había oscurecido del todo. Toqué el timbre y esperé. Contaba con que el señor Spiro tuviera los noventa y cinco centavos listos para no tener que intentar pronunciar esas palabras otra vez.

Se abrió la puerta de madera con el pequeño panel de cristal en la parte superior. El señor Spiro llevaba las gafas en la punta de la nariz y estaba calvo excepto por un poco de pelo gris alrededor de las orejas que llevaba bien corto. Sostenía dos libros grandes uno en cada mano. Tenía los dedos metidos dentro para marcar la posición.

—Hola, señorito suplente. ¿Cómo estás esta gloriosa tarde de verano?

—s-s-s-Bien.

—Creo que tengo el noventa y cinco por ciento de un dólar para ti. Espera un momento.

El señor Spiro usaba las palabras de manera extraña pero me resultó bastante fácil entender de qué estaba hablando. Hacía que lo que decía sonara importante como si estuviera hablando con un adulto. Me cayó el doble de bien al comprobar que no tendría que intentar decir noventa y cinco centavos de nuevo.

Dejó los libros sobre una mesa cerca de la puerta con cuidado de que siguieran abiertos por el sitio que había estado marcando con los dedos. Contó las monedas y las dejó caer en mi mano.

Pensaba que ya era libre para volver a casa tras aquella di-rección cuando me hizo la pregunta que más temía del mundo. La pregunta que siempre me cerraba la garganta como cuando un niño más mayor en el patio del recreo te agarra del cuello con el brazo.

Me preguntó mi nombre.

–Jovencito, antes de completar nuestra transacción necesi-to que me informes de tu nombre. El joven Arthur se olvidó de transmitirme esa información tan importante la semana pasada.

Lo que el señor Spiro no podía saber era que pedirme que dijera mi nombre en voz alta era como pedirme que recitara el discurso de Gettysburg. En una ocasión mi profesor de historia intentó que se lo recitara pero finalmente me dejó que lo escri-biera a mano al ver que había tardado casi la mitad de la clase en pronunciar el «Hace ochenta y siete años» del principio mien-tras que todos los niños se reían con cada palabra que intentaba hacer salir de mi boca.

Por alguna razón mi nombre era la palabra más difícil para mí. No empezaba con una «B» o una «P» pero era un sonido que se negaba a formarse dentro de mí por mucho que usara la técnica del aire suave. Y lo peor de todo era que mi nombre y mi apellido empezaban con el mismo sonido. Odiaba intentar decir mi nombre completo más que cualquier otra cosa. Inclu-das las comas.

Rebusqué en mi bolsillo sudoroso el lápiz pero la mayo-ría de las veces ese truco no me ayudaba a la hora de intentar que mi boca emitiera los sonidos que formaban el principio de mi nombre. Notaba cómo se me estaba cerrando la garganta y cada vez me costaba más que pasara el aire. De todas formas

tampoco encontraba el lápiz porque me temblaban las manos. Al volver a pensar en el sonido se me hizo un nudo todavía más apretado en la garganta y en el estómago. Coloqué la hilera superior de dientes sobre el labio inferior para tratar de sacar el sonido. Nada. Empuje con más fuerza. Nada. Hice un gesto con la mano derecha como si estuviera lanzando un lápiz pero me había quedado sin aliento.

El señor Spiro esperaba sonriente y mirándome directamente a los ojos como hacía siempre Mam.

Lo único que podía hacer era tomar aire profundamente y volver a intentar pronunciar el sonido desde el principio. La idea de coger aire de nuevo me tensó todavía más y dejando de lado cualquier razonamiento lógico e ignorando las normas de mi maestra aguanté la respiración y seguí intentando forzar el sonido con todas mis fuerzas.

Lo último que recuerdo fue ver una mosca zumbando alrededor de la lámpara del porche del señor Spiro. La luz se hizo cada vez más brillante y la mosca cada vez más grande. Tan grande como el avión de mi padre y con un zumbido igual de potente. Entonces la luz del porche y todas las de todas partes se apagaron al mismo tiempo como ocurrió cuando una fuerte tormenta eléctrica sacudió nuestro barrio.

Cuando recuperé el conocimiento estaba sentado en el porche del señor Spiro con la espalda apoyada contra los tabloncillos de madera de su casa y rodeado de las monedas que llevaba en la mano y había dejado caer.

El señor Spiro sostenía un trapo mojado pegado a mi cabeza y me daba toquecitos en los labios con otro que estaba manchado de sangre. Estaba en cuclillas a mi lado con una gran sonrisa dibujada en la cara. No se estaba riendo pero daba la sensación de

que acababa de terminar de ver una comedia en la televisión. No tenía ni idea de por qué estaba sonriendo.

–¿Te sientes un poco mejor?

Asentí con la cabeza.

–Voy adentro un momento a buscar más trapos. Quédate aquí sentado y piensa en lo bien que vas a lanzar en tu próximo partido.

Había estado en cuclillas como un receptor pero se levantó con facilidad. No sabía qué edad tenía el señor Spiro pero estaba en buena forma. Sus antebrazos eran casi tan grandes como mis muslos y yo tenía muslos bastante grandes para un niño de mi edad.

¿Cómo sabía el señor Spiro que era lanzador? La tarde no podía ponerse peor. El señor Spiro volvió al porche y me dio más trapos mojados.

–Voy a intentar hacer un resumen de los últimos acontecimientos. Tú solo tienes que asentir con la cabeza si estoy en lo cierto.

El señor Spiro hablaba con una voz que indicaba que iba a ir al grano. Cruzó sus grandes brazos. Lo observé con el rabillo del ojo y no lo vi parpadear ni una vez.

–Cuando te he preguntado cómo te llamabas hace un momento, tu incapacidad para producir ese sonido debido a tus problemas de dicción han afectado a tu patrón respiratorio normal.

Sus palabras sonaban oficiales como si estuviera retransmitiendo un partido de béisbol en la radio.

–Has aguantado la respiración durante demasiado tiempo mientras tratabas de emitir el sonido y en el proceso te has mordido el labio inferior.

Me toqué la herida con cuidado. Casi había dejado de sangrar.

–Después te has desmayado por la falta de oxígeno y la rigidez repentina de tus músculos. ¿Lo he explicado bien?

Asentí con la cabeza.

Estiró sus enormes brazos y me aupó como si fuera un niño pequeño.

–Ven, levántate del suelo y siéntate en el columpio, pero no hemos de columpiarnos.

Nunca había escuchado a nadie usar «hemos» en lugar de «tenemos» pero me gustaba esa construcción casi tanto como odiaba las comas porque tenía menos sílabas en las que atascarme y el sonido «T» me resultaba más complicado.

El señor Spiro me hablaba exactamente igual que Mam aunque las palabras que usaba eran diferentes. Los dos me miraban directamente y me hacían sentir como si estuviera donde debía estar.

Se me había despejado la cabeza y las moscas que zumbaban alrededor de la luz del porche habían vuelto a su tamaño normal.

–s-s-s-Tengo que s-s-s-irme.

Dejé escapar el aire suave y las tres palabras en un susurro tan bajito que no estaba seguro de que el señor Spiro me hubiera oído.

–Sí. No me cabe duda. Pero sugiero que nos quedemos aquí sentados en el columpio un rato más para asegurarnos de que te sientes completamente bien y no vas a desvanecerte de nuevo.

No solo me gustaba cómo usaba las palabras, también me agradaba que su voz era muy profunda y que pronunciaba todas las sílabas de manera uniforme.

–No hace falta que hables mientras descansamos. De hecho, probablemente no serás capaz de añadir ni media palabra porque puedo llevar una conversación entera por los dos.

El señor Spiro emitió un ligero sonido de risa en voz baja.

–Soy un viejo con demasiado tiempo libre y no mucha gente con la que dialogar. No tienes que preocuparte por el labio, pero puede que se te caigan los oídos después de soportar el bombardeo de mis palabras.

Lo último que me apetecía después de casi atravesarme el labio era sonreír pero no pude evitarlo al escuchar al señor Spiro hablando con su voz de locutor de radio.

–En primer lugar, permíteme adivinar que probablemente estés un poco avergonzado por lo que acaba de ocurrir. No hace falta, joven viajero. Todos tenemos nuestros déficits, pero aquí no vamos a pasar lista.

No entendía exactamente las palabras pero sí lo que quería decir. Asentí con la cabeza.

–En segundo lugar, también te preocupa que pueda tener una mala opinión de ti porque no puedes pronunciar tu nombre con facilidad.

El señor Spiro me miraba directamente y su forma de hablar me daba ganas de mirarlo también directamente a los ojos aunque mi logopeda me había dicho que tenía la mala costumbre de no mirar a la gente cuando me hablaban.

–Permíteme que comparta contigo, mi joven repartidor de noticias, exactamente cómo te juzgo.

Sonaba como si estuviera leyendo la Biblia de Mam.

–Sé que eres buen amigo del joven Arthur. Por cierto, el joven Arthur dice que lanzas la pelota más rápido que nadie de tu curso.

El señor Spiro hizo un gesto como si estuviera sosteniendo una pelota de béisbol con un agarre de dos dedos.

–El joven Arthur se siente orgulloso de ser tu receptor, pero creo que está más orgulloso todavía de ser tu amigo. Por lo tanto,

lo único que es crucial saber es que te has ganado y sigues ganándote la amistad y el respeto de un compañero de viaje. En mi opinión, para mí eso es lo más portentoso.

Como antes, entendía lo que quería decir el señor Spiro aunque nunca había oído hablar así a nadie. Pronunciaba las palabras de una forma que sonaban todavía más importantes. Y no llamó a Rat el jugador del fondo. Eso lo sacaba de quicio.

Nos quedamos sentados en el columpio sin hablar durante un rato más y entonces el señor Spiro se puso de pie.

–Pardiez, parece que te estás recuperando a buen ritmo. Estoy seguro de que necesitas ponerte en marcha, pero permíteme entrar en mi morada un momento.

No sabía qué hora era pero estaba seguro de que me iba a costar un gran esfuerzo llegar a casa antes de las siete en punto. Todavía no había oscurecido del todo pero cada vez revoloteaban más moscas alrededor de la luz del porche y unas cuantas luciérnagas calentaban en el patio para prepararse para saltar al terreno de juego de una gran noche de viernes en Memphis.

El señor Spiro volvió con lo que parecía una esquina de un billete de dólar y se sentó de nuevo a mi lado en el columpio. En la parte de George Washington del trozo de billete había una palabra escrita a mano en tinta negra.

Sapiente

El señor Spiro me puso el trozo de billete de dólar en la mano junto con los noventa y cinco centavos que había recogido del suelo del porche.

–Considera este papel como compensación extra de esta semana. Tienes tres semanas más para reclamar tu vellocino de oro en su totalidad.

Me puse de pie para marcharme y pensé que debía decirle algo o incluso darle la mano al señor Spiro.

–Muy bien, joven viajero, vete con el viento.

La manera de hablar del señor Spiro me daba la sensación de estar en una ceremonia.

–s-s-s-s-Gracias.

–No se merecen.

Crucé el patio del señor Spiro y una vez estuve fuera de su vista eché a correr por la calle Vance y luego giré en la calle Harbert. Cuando me sentía nervioso después de haber hablado mal lo que mejor me funcionaba era correr hasta quedarme sin aliento.

Llegué al número 1396 de la calle Harbert con la esperanza de que hubiera un sobre clavado en la puerta o en el buzón. No había luz en el porche. Subí los escalones y llamé al timbre sin saber si sería capaz de pronunciar «el chico del periódico» si la señora Worthington abría la puerta. Quería verla con su vestido verde aunque no fuera capaz de decir nada. Volví a llamar al timbre. No hubo respuesta.

Me dirigí a casa de Rat con la misma sensación que tengo cuando un árbitro cancela un partido porque el campo está demasiado mojado.

La madre de mi amigo vio que tenía el labio hinchado pero no me preguntó qué había pasado cuando le entregué el dinero recaudado. Ella era simpática pero notaba que era una de esas personas que siempre se sentía incómoda hablando conmigo.

Cuando llegué a casa vi a Mam en la cocina. No quería que ella o mis padres me vieran el labio partido así que en vez de entrar por la puerta de la cocina me dirigí a la que daba a las escaleras de atrás.

En mi habitación examiné con más detenimiento la esquina del billete de dólar. Vi que una mano cuidadosa había escrito la palabra «sapiente». Suponía que había sido el señor Spiro. Me preguntaba si guardaba trozos de billetes de dólar por su casa con palabras escritas a mano. Decidí ponerlo en la billetera de cuero que mi padre me había traído de uno de sus viajes. La guardaba en el cajón de mi escritorio junto con el reloj de pulsera que había dejado de usar después de que un amigo de mi madre me preguntara qué hora era y no fuera capaz de decírselo por lo que el hombre pensó que yo era un ignorante que no sabía leer el reloj. Me gustaba porque tenía una correa de metal que me podía deslizar por la mano pero solo me servía para sujetar mi billetera.

Mientras estaba sentado a mi escritorio mi madre me llamó desde el pasillo para decirme que ella y mi padre iban a cenar con unos amigos y que Mam estaba preparando pollo frito para mí.

Me cambié de camiseta y bajé a la cocina. Mam estaba poniendo una fuente con el pollo en la mesa.

–Vaya por dios, muchacho. ¿Cómo te has hecho eso del labio?

Le dije que me había tropezado con un bordillo mientras corría para llegar a casa antes de que oscureciera. No le mentía a Mam muy a menudo porque sabía que me pillaría antes que la mayoría de los adultos.

–¿Quieres que te corte un poco de pollo en trocitos?

–s-s-s-Ni con el labio s-s-s-s-hinchado s-s-s-s-puedo resistirme a tu s-s-s-s-pollo frito.

Mam sonrió porque sabía que había usado muchas palabras para alabar su cocina. Me comí tres trozos.

*

Mam estaba haciendo tareas en la cocina cuando mis padres regresaron de cenar fuera. Me coloqué en lo alto de las escaleras para intentar escuchar de lo que estaban hablando. Mi madre le estaba indicando a Mam qué pedir del supermercado y qué cocinar para la semana. Mam nunca escribía nada pero siempre se acordaba de todo lo que le decía mi madre.

Escuché a Mam abrir la puerta de la despensa para guardar su delantal y luego mi padre entró en la cocina.

–Buenas noches, Nellie.

–Señor V, si ve al chatarrero Ara T deambular por aquí, hágame saber, por favor.

–Sin duda, Nellie. ¿Cuál es?

–Es el más alto, el que siempre lleva abrigo y sombrero. Es el que más chatarra lleva en el carro de *tos*.

–¿Qué problema hay?

–Lo conozco un poco y no me fío *na* de él, siempre se mete en *to*.

–Creo que sé de quién estás hablando. Estaré pendiente. Por cierto, Nellie, ¿cómo le ha ido a nuestro chico en su primera tarde de cobro?

–Diría que bien, señor V. Ha *cenao* mucho.

*

Me costó un montón dormirme después de lo que pasó en el porche del señor Spiro y no entendía por qué Mam se preocupaba por Ara T.

Me quedé observando las sombras que hacían los coches con los faros en el techo cuando bajaban por la calle. No me gustaba mucho hablar con gente que no conocía pero quería charlar otra vez con el señor Spiro y con la señora Worthington. Pensé en la

primera vez que la vi vestida con su bata verde que no paraba de abrirse. Pero lo que me mantenía despierto esa noche principalmente era que no podría cortar las cuerdas de mis fardos de periódicos el sábado si Ara T no me afilaba el cuchillo.

Eso significaba que tendría que pedirle a otro repartidor que me prestara el suyo. Y eso también significaba tener que decir «cuchillo».